

dental plenamente. Por eso mismo, ella y sus diversos colegas, son vanguardistas pero de una manera anti-imperialista, y creo que precisamente por este gran antagonismo, es que la propia Portal deja de escribir en su época de exilio mexicano y fidelidad aprista, esto es, por percibirse a sí misma sin una salida estética válida plenamente para sus inquietudes político-literarias.

Por eso mismo, el que Magda Portal no haya utilizado el femenino en alguna de su producción poética no se puede leer como “evitar la identificación de género” sino más bien como una postura vanguardista en la que, precisamente, busca narrar la historia de los otros en tercera persona (como el caso de “Canto Proletario”). No puede haber postura ambigua en torno a su posicionamiento del yo poético que es, claramente, femenino en más de uno de los poemas.

Finalmente en el último capítulo Gonzales Smith realiza un análisis del libro más vanguardista de Portal, considerándolo además como un quiebre en la ruta de su propia propuesta poética. Sin duda, hasta el libro posterior, pasaron más de diecisiete años. Lo que destaca la autora de la poesía de Portal es su vocación por la “apertura” más que por la “ruptura”, aunque casi inmediatamente adelante sostiene que la construcción de un sujeto femenino se convierte también en una especie de “ruptura con la propia ruptura”, digamos que un gesto ultra-hiper-vanguardista (si esto es posible). Gonzales Smith analiza algunos de los *leitmotive* poéticos de Portal, como el tema del mar al que vuelve siempre; y citando a Hélène Cixous, sostiene que sin duda se trata del vínculo “madre/mar”, propuesta de fluidez y heterogeneidad frente a “la unidad falocéntrica”. No termino de convencerme de que la imagen del mar, que es recurrente en la po-

esía de todos los tiempos, incluyendo a Manrique, sea una figura femenina y heterogénea. Aún cuando soy admiradora de Cixous, no hay que dejar de estar en guardia frente a algunas de sus ideas que pueden reducir las imágenes poéticas a posturas esencialistas. Precisamente el comentario que hace el propio Mariátegui sobre Portal no deja de percibir lo femenino vinculados a ciertos elementos de fragilidad, sinuosidad e incluso maternidad, de tal manera que la propone como “la primera poetisa del Perú”. Otro asunto es cuando, comparándola con Vallejo, sostiene que su vanguardismo tiene también un rostro humano.

Creo que el libro de Gonzales Smith nos permite un encuentro diferente con Magda Portal anterior a toda su militancia aprista y sus desencuentros con el universo de lo poético: desde la política de la vanguardia, la autora nos propone un acercamiento a una autora que aún hoy sigue siendo, a pesar de todo, inclasificable.

Rocío Silva Santisteban

U. A. Ruiz de Montoya - Jesuitas

Mabel Moraña y Javier Campos (editores). *Ideologías y literatura. Homenaje a Hernán Vidal*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2006; 423 pp.

La aparición de libros como *Ideologías y literatura. Homenaje a Hernán Vidal* se agradece, y por varias razones. La principal, porque es un volumen acucioso donde el centro de gravedad es un merecido homenaje a este conocido crítico, lo que significa, por un lado, que un número importante de textos resaltan, estudian, posicionan y discuten la obra de este autor. Pero este libro está lejos de ser un panegírico indul-

gente de Vidal –dudo que él apreciaría un gesto así. El homenaje está compuesto por un número importante de textos dedicados a Vidal en los cuales su obra aparece implícita, discutida o instalada en campos críticos abiertos o trabajados por el crítico chileno.

La introducción del libro, escrita por Mabel Moraña, hace un recorrido por la obra intelectual de Vidal, el cual evidencia tanto la importancia como la vigencia del trabajo del homenajeado. Resalta de la obra de Vidal –“sin duda polémica y provocativa”, según Moraña– el hecho de que es “un ejemplo claro del ejercicio de la crítica entendida como praxis militante, como desafío a las historias oficiales y como exploración de alternativas para la acción social” (8). Ese cruce, entre disciplina y política nunca es fácil pues muchas veces surge en ese terreno una reciprocidad engañosa entre crítica y política describe. (Vidal acuñó un término preciso para señalar el simulacro de esa conjunción: “mímica política”). Lo que Vidal establece, por el contrario, es la necesidad de hacer de la política el incentivo para acometer un estudio determinado, el que, a su vez, ha de tener repercusión política –a este nivel, la crítica es siempre especulativa, a veces modesta frente a los avatares de la historia, pero también atenta a ese imperativo. El problema que nos advierte Vidal es que no falta el caso en que el crítico satisface su necesidad política con la ilusión de que su objeto de estudio puede ser, en algún punto, subversivo, y que la mera presentación de ese objeto colma una necesidad militante. Como indica Moraña, la obra de Vidal ha estado comprometida “a los procesos político-culturales que acompañan el apogeo y fin de la guerra fría” (9). Es decir, atravesado por esa *pasión de lo real* que marca al siglo XX, como indica Badiou, el trabajo de Vidal va

desde una postura política y teórica materialista, acompañada de lecturas y apropiaciones teóricas de Lukács, Althusser, Gramsci, hasta la adopción de la teoría de la dependencia, principalmente en sus primeros textos. Ese escenario político-teórico en la obra de Vidal cambia, como indica Moraña, tras la instalación de las sangrientas dictaduras en el Cono sur, sobre todo en Chile. Estas arremetidas no solo marcan la suspensión del proyecto político emancipatorio sino también el desfreno de la represión y la tortura, y la instalación del sistema de mercado: Vidal fue uno de los primeros en percatarse de la complicidad de estos cuatro elementos. A partir de esas desavenencia históricas, cambia la tarea crítica ya que ahora, señala Vidal, para “el crítico latinoamericano no se trata, entonces, solamente de “¿para qué leer?” o “¿para quién leer?”, sino, mucho mejor aún, “¿en nombre de quién leer?” Frente a la contingencia del fascismo, Vidal pasa a un socialismo renovado que depone las armas y aboga por la defensa de los Derechos Humanos. Ese ha sido el lugar de lucha de Vidal en los últimos años. Sin embargo, esa defensa no le ha impedido instalarse en estado de constante alerta frente a lo que Vidal ha presentado como modas teóricas: estudios culturales, postcolonialismo, postmodernismo, subalternismo, etc. Así se entiende su desavenencia con lo que ha llamado “postmoderno”, concepto que analiza en su desmontaje de la crítica de Nelly Richard. Cada vez parece más claro que la discusión teórica postdictatorial pasa por los frentes abiertos por Richard y Vidal; la primera como un teórica desconstruccionista y apegada a la particularidad como elemento de ruptura, y el segundo apegado a los Derechos Humanos, como espacio de universalidad que permite pensar en una salida al ca-

llejón cerrado de las particularidades. La introducción de Moraña termina con una coda donde se resalta otro aspecto de Vidal: el de organizador de seminarios y congresos, de profesor, fundador y editor del *Institute of Ideologies and Literature* en Minnesota y de la serie de importantes publicaciones que de ahí han salido. Se resalta también la constante ayuda que prestó Vidal a los perseguidos políticos durante las épocas más macabras de las dictaduras en América Latina. La introducción de Moraña justifica el homenaje.

El volumen está compuesto de cinco secciones. La primera, titulada “Ideología y culturas en España y América Latina”, reúne textos que van del barroco español, pasando por un iluminativo texto sobre *Canto general* de Neruda, escrito por Jaime Concha, hasta un conflictivo texto sobre el *Diario* del Ché en Bolivia de Anthony Zahareas, donde presenta a la figura del Ché desconectado de la realidad boliviana; desconexión que lejos de ayudar a la insurrección emancipatoria, fortaleció al gobierno de turno. En desacuerdo con Zahareas –pedirle a un revolucionario estar anclado exclusivamente a la ‘realidad’ es pedirle que abandone la revolución, que siempre tiene, por definición, algo de imposible, concepto que el Ché comentaba por doquier– pienso que representar la figura del Ché a casi 40 de su asesinato en Bolivia es una tarea política y teórica fundamental. La segunda sección, titulada sintomáticamente “¿Fin de la historia?”, se concentra en la problemática del supuesto fin de la historia como fin de la política en cuanto movimiento emancipatorio: es decir el fin de la historia no es sino la aparente instalación supuestamente inamovible del parlamentarismo/capitalismo como único lugar posible hoy, fuera del cual solo existe la utopía. Neil Larsen intenta hacer una breve, especulativa y polémica

genealogía de la crítica hispanoamericana para establecer lo que él denomina como un “segundo historicismo”, que sea capaz de salir del ‘primer historicismo’ (como la teoría de la dependencia), que estaba aún anclado en la idea de que las contradicciones de la modernidad se podían solucionar a través de una revolución, pero como parte de la misma modernidad. Acabada esta posibilidad, según Larsen, hay que acometer un actividad teórica que no se rinda a una “fuga teórica del postmodernismo”, sino que sea capaz de “trazar en la cultura las genealogías de una derrota política cuya redención la cultura puede imaginar pero que solo un pensamiento historizante puede teorizar” (202). Saúl Sosnowski, por su parte, propone pensar “nuevos mapas para las democracias del futuro” en donde “la ciudadanía adopte y ejerza posiciones responsables; para que junto al estado participe en la construcción de una nación” (203). Sin poder desembarcarse del Estado como coordinador político (y de conceptos como ciudadanía, nación, etc.), el texto de Sosnowski está de alguna manera acoplado al parlamentarismo y opera a partir de la posibilidad de su perfeccionamiento, aunque la tarea final sea “identificarse con valores superiores a los que pueblan estos días” (210). El texto que cierra la sección es de John Beverley, titulado “El latinoamericanismo después de 9/11”, donde establece que “futuro de Latinoamérica como civilización involucra necesariamente un conflicto con los Estados Unidos.” La tarea a seguir, entonces, consiste en buscar un espacio *entre* Estados Unidos y América Latina, ya que la única posibilidad de democratizar a Estados Unidos surge de Latinoamérica como necesaria y conflictiva alternativa. Termina el texto señalando que “la dialéctica del amor y el esclavo enseña que la realidad del amor está

en la posición del esclavo: por eso el amo sufre de una ‘conciencia infeliz’”. De esta forma, el nuevo imperialismo beligerante de Estados Unidos, indica Beverley, “representa el dominio de esa ‘conciencia infeliz’ sobre nuestro espíritu y destino nacional. Por lo tanto, el futuro de los Estados Unidos pasa por la emancipación de América Latina” (218). La tercera sección del libro se titula “El caso andino” donde se rescatan algunas propuestas inauguradas por Vidal, pertinentes para el campo de estudio latinoamericanista. Así lo muestra el texto de Javier Sanjinés, quien ubica la obra de Vidal como precursora de un proyecto que muestra las divergencias del proyecto liberal, que entre otras cosas “olvidó incorporar a la diversidad étnica y la multiplicidad regional a su búsqueda demasiado rígida del estado nacional” (225). A partir de estas bases puede efectuarse una apertura para leer otros textos, como los andinos.

La cuarta sección del libro, titulada “Testimonio y Derechos Humanos”, es una compilación de textos indispensable para repensar y replantear la discusión teórica sobre la postdictadura en el Cono Sur. Esta sección comienza con la relectura que hace Stacey Alba D. Skar de dos textos testimoniales chilenos: *Infierno* de Luz Arce y *Mi verdad* de Alejandra Merino, lectura que continúa la aproximación inaugural y problemática que desarrolla Vidal en su libro *Política cultural de la memoria histórica*. Tanto para Vidal como para Skar, la tarea crítica de estos días consiste en “crear ‘políticas culturales de la memoria histórica’, de manera que las nuevas generaciones tengan los parámetros imaginarios para entender la convulsiva experiencia humana precipitada a partir del 11 de septiembre” (Vidal 11). En una línea similar se ubica el texto del otro editor del volumen, Javier Cam-

pos, quien analiza y reflexiona sobre la forma en que conceptos como ‘verdad’, ‘reconciliación’, ‘memoria’ y ‘justicia’ aparecen separados, irreconciliables o complejamente relacionados en la ficción postdictatorial. Como ya había previsto Vidal en *Política cultural*, la separación de ‘verdad’ y ‘justicia’ es uno de los soportes de la postdictadura chilena y esa separación permite, de alguna manera, que el sistema económico instalado (con tortura) siga siendo operativo, o al menos se mantenga libre de la fricción de su marca originaria. Campos reclama acertadamente que muy poca ficción postdictatorial trabaja estos conflictos o continúa interrogando la senda dejada por trabajos como la película *Amnesia* de Gonzalo Justiniano (1993), o la obra teatral *La muerte y la doncella* de Dorfman, que marcan un conjunto de protocolos de (ir)reconciliación. El texto de Campos, a la Vidal, nos sirve para reconocer que las marcas dictatoriales están muy lejos de desaparecer. Juliet Lynd por su parte, en “Memoria y el obstinado objeto de la complicidad” sigue esa misma idea al insistir en la importancia del papel del “neoliberalismo en la violencia ejercida en Chile durante el régimen militar”, y a partir de ahí describe el alcance que juega el concepto de *complicidad*, ya que permite cuestionar “no solo el uso de la tortura para ciertos fines ideológicos, sino también la función de la tolerancia de la tortura en términos tanto políticos como humanos” (316). A partir de esta disyuntiva Lynd pasa a un tema central: la disputa entre el posicionamiento teórico de Vidal y el de Nelly Richard frente a la (post)dictadura. Según Lynd, la diferencia entre ellos deriva de que “Vidal rechaza la ambigüedad como práctica estética que no busca la solidaridad ni la recuperación de los traumas causados por el golpe de 1973”, mientras que “Richard se nie-

ga a adherirse a una utopía de solidaridad que no problematice la relación entre el intelectual y los seres marginados con quienes se busca esa solidaridad” (322). No cabe duda que “estas diferencias filosóficas son insuperables” (322). El debate es sobre si el postmodernismo, como postura teórica, es operativo políticamente o, por el contrario es un pensamiento devorado fácilmente o incluso que le sirve al sistema para su reproducción. Vidal fue uno de los primeros en deslindar este problema en los momentos en que más fuerza y menos contrapeso tenía ese tipo de crítica tanto en Chile como en el extranjero: la artillería (no solo teórica) que descarga Vidal en su libro *Tres argumentaciones postmodernistas en Chile*, es hasta ahora, casi 10 años después, impresionante, pero también fundamental. La elección entre lanzarse a la defensa de los particularismos, o por el contrario, arriesgar por una propuesta universalista es, hoy por hoy, fundamental: Richard va por la primera, Vidal por la segunda, anclándose en los Derechos Humanos. Cierra esta sección el texto de Gustavo Verdesio en donde presenta las relaciones que existen entre el trabajo de Vidal centrado en los Derechos Humanos y los estudios del subalterno. Para Verdesio, son programas críticos, que si bien, por un lado, se separan en el aprecio hacia el Estado-nación, al que Vidal no renuncia y los estudios del subalterno descartan, no obstante se juntan en la noción de víctima que ambos rescatan. En este punto específico aparece el inherente al tema de los Derechos Humanos (como de los estudios del subalterno) y es que ambos se basan en una concepción del ser humano como ser sufriente, o como dice Alain Badiou en su *Ética*, como animal dispuesto para la muerte. No deja de ser conflictivo, por ejemplo, indagar, como lo hace Verdesio, en quién es

más víctima: si los largamente oprimidos desde las conquistas de América hasta ahora o las víctimas políticas de la dictadura. Una vez establecido este complicado vínculo entre subalternos y la crítica como defensa de los Derechos Humanos que hace Vidal, el texto pasa revista de las complicaciones teóricas de los Derechos Humanos –que serían, como precisó Hannah Arendt, paradójicamente los derechos de los que ya no tienen ningún derecho. Verdesio concluye indicando que un pensamiento que desprestigie a los Derechos Humanos es “peligroso e indeseable”, pues atestigua que “para aquellos que vivimos en un verdadero estado de excepción” las decisiones de un soberano “que no conducen a cámaras de tortura o a las cámaras de gas me parecen bastante menos peligrosas que las tomadas en un estado de excepción entendido en términos estrictamente jurídicos” (359). Es decir, por muy conflictivo que puedan ser teóricamente los Derechos Humanos, si es que sirven para impedir realmente la tortura, hay que adherírseles, subestimando sus apuros conceptuales. No cabe acá aclarar lo polémico de este punto.

El libro termina con la sección titulada “Claves crítica” que está compuesta por dos artículos fundamentales para entender y situar la obra de Vidal en su contexto y también en su vigencia: uno de Marc Zimmerman y otro de Ignacio Sánchez-Prado. Zimmerman parte testimoniando cómo conoció a Vidal, las reuniones y congresos que organizaba, las preocupaciones políticas que atendía, las lecturas que lo marcaban, etc. Y presenta, como punto imprescindible de este texto, a Vidal y a su obra en constante oposición al *status quo*: para Zimmerman la actividad intelectual de Vidal se define por la sospecha, por moverse siempre a contrapelo; de ahí se puede

explica las variaciones críticas que ha manifestado Vidal a lo largo de su vida. En el apego a la crítica como defensa de los Derechos Humanos Zimmerman constata una contradicción en Vidal, ya que “el marxista-leninista que había atacado al liberalismo latinoamericano no obstante que se había apropiado de la teoría de la dependencia, subsecuentemente tomó y desarrolló una aproximación a la literatura basada en uno de los pilares del Iluminismo que caracterizaron al humanismo moderno y al liberalismo” (372). Esta adopción principal en la obra de Vidal lo transforma, según Zimmerman, en un habermasiano de la “inacabada modernidad” –idea que corrobora Sánchez-Prado al disponer la crítica de Vidal como la “última utopía de la modernidad”. Zimmerman se detiene en un texto breve pero fundamental en la obra de Vidal: “Restaurar lo político, imperativo de los estudios literarios y culturales latinoamericanistas”, donde Vidal vuelve a inquirir que crítica debe adoptar una postura política, pero frente a esa adopción, se debe tener especial cuidado con el simulacro, el oportunismo y a lo que él llama la “mímica política”, que consiste, entre otras cosas en crear “imágenes de Latinoamérica para fines de avance profesional que no guardan relación alguna con la realidad” (124). El texto de Zimmerman termina tratando de explicar la adopción de una crítica como defensa de los Derechos Humanos ese retorno a lo político. La inquietud pasa ahora por intentar “ser radical sin llegar a ser fundamentalista”, como cita Zimmerman a Canclini, es decir en seguir la búsqueda de “un marxismo post-gramsciano pero nunca sin la democracia o los Derechos Humanos” (383). O más claramente, como indica Zimmerman parafraseando y desmantelando a Lenin (o al leninismo), marcando el sintomático giro de Vidal: “en los años

setenta, muchos de nosotros tendíamos a pensar que uno no podía hacer *omeletes* sin quebrar los huevos; hoy la mayoría de nosotros preferimos nuestros *omeletes* (y nuestra política) sin la yema, o como se dice en inglés: ‘without yokes’ (384). Se ve en este texto un parentesco evidente entre Zimmerman y el trayecto de Vidal: se perciben dos teóricos que adhirieron políticamente a la emancipación como proyecto político, y luego, al descubrir el terror de los socialismos reales y de las masacres dictatoriales, se lanzan a la búsqueda, en nuestra oscura actualidad, de una salida política que no remede o concluya en un terror similar: el problema teórico y político actual pasa precisamente por ese espacio: ¿hasta dónde transar con la democracia para evitar, por ejemplo, los exterminios y aun así apostar por un proyecto emancipatorio?

El libro termina con una lectura acuciosa que hace Sánchez-Prado de *La literatura en la historia de las emancipaciones latinoamericanas*, volumen que reúne los primeros ocho libros de Vidal. Sánchez-Prado se detiene en cada uno y los ubica tanto en la discusión crítica con la que estaban imbricados, como también en su dimensión actual, es decir en su vigencia crítica y teórica. La recopilación de Vidal no es (solo) un documento. Prueba de esto es *Literatura hispanoamericana e ideología liberal*, donde según Sánchez-Prado, se establece un cambio importante de la noción de literatura o de la crítica literaria respecto a su objeto de estudio: ese libro intenta escapar de una lectura inmanentista, centrada en la *literariedad* del texto tan de moda por esos años, y busca meterse en relaciones siempre complejas del texto con su sociedad. Ese cambio de objetivo marca la obra temprana de Vidal. Por otra parte, Vidal denuncia la voluntad aparentemente rupturista de ciertas modas (como

las novelas del *Boom* –como ejemplo de *status quo* del que hay que sospechar: fundamental enseñanza de Vidal), e intenta buscar y desarrollar herramientas teóricas capaces de apreciar otro tipo de obras que no calzan dentro del canon –*Para llegar a Manuel Cofiño* es un claro ejemplo de eso. Ese paradigma crítico implantado por Vidal se modifica con la arremetida de los fascismos en el Cono sur y, como veíamos, a partir de ahí aparecen los primeros textos de Vidal sobre crítica como defensa de los Derechos Humanos. Con esta adopción contingente asoma una nueva relación problemática que establece Vidal con el liberalismo. Según Sánchez-Prado, Vidal “hace un giro de curso en el cual la lectura ya no apunta al desmontaje de la relación entre liberalismo y dependencia, una tarea ya cumplida, sino en la recuperación de un legado emancipatorio que, pese a sus derrotas y sus complicidades dependentistas, sigue proveyendo una genealogía fundamental para la articulación de un pensamiento emancipatorio” (413). No está demás anotar, como aclara Sánchez-Prado, que el debate sobre las (im)posibilidades emancipatorias del liberalismo es un debate tan actual como urgente. Otro punto que destaca Sánchez-Prado, y que hay que resaltar en la obra de Vidal, es la temprana sospecha que establece frente a los “particularismos” como lugar emancipatorio. En su libro *La crítica feminista hispanoamericana como problemática de defensa de los Derechos Humanos*, Vidal propone que, para que el feminismo sea realmente una propuesta política debe engancharse en un proyecto hegemónico mayor, no restringido a lo que atañe exclusivamente a la mujer, sino a una propuesta hegemónica universalista que es, para Vidal la defensa de los Derechos Humanos. En ese sentido, como indica Sánchez-Prado, la elección de Vidal

en torno a los Derechos Humanos, “como imperativo ético de la crítica”, responde a la “necesidad de confrontar la tesis del ‘fin de las utopías’ en tanto éstas cancelan posibilidades de transformación social. Tras la caída de los “socialismos reales” y con ella, de buena parte el materialismo histórico como base hermenéutica de interpretación, surge la necesidad de nuevas coordenadas ideológicas y políticas para guiar una crítica socio-histórica que busca no caer en el nihilismo” (412). Aquí está en todo su esplendor el imperativo político que marca la vigencia de la obra de Vidal. Lo que está en juego en esa crítica es, como indica Sánchez-Prado, el retorno de lo político por medio de “la articulación de agencias sociales sobre una base universalista que permitan poner en cuestión la hegemonía neoliberal de nuestros tiempos (414). Si esas son las inquietudes de Vidal, *Ideologías y literatura* no solo se justifica como homenaje sino que deja en claro la importancia de la obra de Vidal – compleja, contradictoria, polémica– en las agendas teóricas y políticas de hoy en día. Lo que se juega en ese trabajo es, nada menos, la presencia de la política en la crítica, presencia que nos mantiene alerta ante las deformaciones o semblantes políticos. En épocas marcadas por todo tipo de finales (fin de la historia, de la política, de la filosofía, de la literatura, etc.), donde teóricamente se instala la derrota como única posible plataforma común, se agradece un libro como éste, que permite repensar políticamente la crítica en un espacio diferente a la capitulación.

Žižek repite siempre la broma en que distingue a un orador fascista de uno materialista dialéctico; el fascista, al terminar su discurso, se queda quieto y acepta silenciosamente los aplausos postulándose como fiel destinatario de éstos; el materialista dialéctico, en cambio, es aplaudido y

aplaude al mismo tiempo, pero no se aplaude a sí mismo: aplaude al proyecto del que siente participe y contribuyente. Me imagino al homenageado aplaudiendo este libro.

Francisco Leal

Washington University in St. Louis.

Renata Mautner Wasserman. *Central at the Margin: Five Brazilian Women Writers*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2007.

É muito bem-vindo o livro de Renata Mautner Wasserman, *Central at the Margin - Five Brazilian Women Writers*, sobre as exitosas, de público e crítica, Júlia Lopes de Almeida, Raquel de Queiroz, Lygia Fagundes Telles, Clarice Lispector e Carolina Maria de Jesus. Se nas últimas décadas tem havido um esforço constante entre feministas do Brasil para dar atenção e espaço produtivo à criação literária de escritoras – através de conferências especializadas e editoras que a própria autora ressalta – é também verdade que pouco se tem publicado nessa área, especialmente em língua inglesa. O livro de Wasserman supre essa falha.

Sóbria e aptamente escrito, *Central at the Margin* abstém-se de facciosismo já que não compreende o enquadramento da alocação de poder no campo da produção cultural em termos de exclusão ou representação, mas como um relacionamento politicamente compositivo e não-confrontador, ao menos em relação às escritoras que analisa. O livro é composto de uma introdução seguida por cinco capítulos, devotados cada um ao estudo de uma escritora, e por fim uma conclusão.

Faz-se claro na introdução que Wasserman evita trabalhar com categorias vagas, como seria o caso se se compromettesse, como ressalta, com análises de acordo com uma

suposta estética ou linguagem feminina, com a voz da mulher do terceiro mundo ou com o ponto-de-vista da mulher brasileira. Ao contrário, deixa transparecer um diálogo entre as escritoras, vindas de regiões, classes e etnias diversas, e o que “têm de comum entre si enquanto brasileiras e com outras mulheres enquanto mulheres.” Como o título indica, a autora pretende posicioná-las no âmbito da literatura brasileira, marcada por sua localidade, ou seja, pelo fato de que não é uma “literatura mundial.” Wasserman, contudo, nos alerta para possíveis reducionismos de uma definição precisa de um lugar para as escritoras, ainda que segundo uma noção aparentemente não-essencialista, como *posicionalidade*, pois artefatos culturais e artísticos e seus produtores comumente “transbordam” tanto os postos aos quais são designados como as categorias analíticas com as quais os críticos, no afã de explicá-los, terminamos por confiná-los. Dialogando teoricamente com uma de nossas mais sagazes críticas feministas no Brasil, Rita Terezinha Schmidt, Wasserman busca algo como ressaltar o que há de culturalmente marcante entre as mulheres brasileiras no âmbito das obras que analisa.

Uma questão crucial para compreender-se a formulação do cânone inicia o primeiro capítulo, “Complacência Incompleta,” qual seja, o fato de que Julia Lopes de Almeida (Rio de Janeiro, 1862-1934) teve um êxito em vida que se dissipou com o tempo, fenômeno explicado por diferentes críticos como estilo e conteúdo frouxos, pouco incisivos. Almeida viveu circunscrita ao seu círculo de privilégios e ainda que participasse da elite, para Wasserman, teria sugerido como adaptar as idéias progressistas de seu tempo e permitido um encaixe para o ambiente local não alcançado pela intelectualidade con-